

El proyecto chavista

Entre el viejo y el nuevo populismo

Nelly Arenas

En atención a los rasgos que, teóricamente, identifican tanto a los populismos históricos como a los de última generación, conocidos como neopopulismos, el artículo examina el gobierno de Hugo Chávez con el afán de compararlo con ambas modalidades. La conclusión es que, a pesar de su signo militarista, por el que no se distinguieron precisamente los viejos populismos, el proyecto chavista repite en gran medida las características de aquellos, sin dejar de reproducir parte de la fisonomía que distingue a las expresiones más recientes de gobiernos y movimientos de este corte en América Latina.

PALABRAS CLAVE: populismo, neopopulismo, chavismo, militarismo, democracia

This paper highlights the characteristics that identify traditional historical populisms, as well as those of the newest generation, known as neo-populisms, and analyses the administration of Hugo Chávez in order to make a comparison with both kinds of regimes. It concludes that despite its militaristic tendencies, which do not constitute a trait that characterized old populisms, Chávez's project for the most part repeats the same attributes as those regimes, and also shares some of the same features that distinguish the most recent populist governments and movements in Latin America.

KEY WORDS: populism, neo-populism, chavismo, militarism, democracy

NELLY ARENAS: Centro de Estudios del Desarrollo, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
narenas@cantv.net

Desacatos, núm. 22, septiembre-diciembre 2006, pp. 151-170.

Recepción: 26 de julio de 2005 / Aceptación: 26 de septiembre de 2005

INTRODUCCIÓN

Desde que Alberto Fujimori arribó al poder en el Perú de 1990, se produjo un renovado interés por el tema del populismo. La década que precedió y la que está andando han visto el despliegue de un gran número de análisis que centran su atención en la emergencia y desarrollo de gobiernos y movimientos afincados en la figura de líderes mesiánicos. Estos líderes, casi siempre provenientes de los márgenes de sus respectivos sistemas políticos, con un discurso que se insurge contra éstos—de allí su carácter antipolítico—logran una gran sintonía emocional con el pueblo al que apelan con la oferta de su redención.

Pero no sólo el populismo de última generación ha despertado la atención de la academia. La mirada se ha vuelto también hacia los populismos históricos, aquellos que, como los de Vargas y Perón, coparon la escena latinoamericana entre las décadas de 1940 y 1950. De allí que un trabajo axial como el de Mackinnon y Petrone (1998) no sólo dé cuenta de lo que en muchos de esos análisis se ha denominado neopopulismo, sino que recoja algunas de las más importantes elaboraciones que en el pasado se realizaron sobre sus predecesores. Esa literatura ha permitido no sólo refrescar el interés por el tema, sino apreciar los rasgos que diferencian o acercan a estos dos tipos de populismo.

El fenómeno de Hugo Chávez reúne particularidades de los viejos y de los nuevos populismos. Podría retratar al coronel Perón y a Fujimori como *outsiders*. Chávez es un fenómeno neopopulista, en primer lugar, porque pertenece a nuestro tiempo; pero también tiene una forma de interpelar a los pobres muy parecida a la de Juan Domingo y Evita Perón. Su gobierno de estirpe militarista se mueve en el filo de la democracia, a la manera en que el peronismo conquistó a la sociedad argentina e intentó constituirla en un cuerpo cerrado bajo su sola y única voz y razón. Atendiendo a estas y otras similitudes, el artículo intenta ubicar a Chávez no sólo como expresión de las nuevas formas en las que se presenta el populismo, sino también como réplica de los regímenes populistas precedentes. Con este propósito, el trabajo desarrolla cinco partes: una primera, en la que se sitúan histórica y teóri-

camente los viejos y los nuevos populismos; y una segunda, en la que a partir de un conjunto de atributos comunes a los populismos clásicos, nos aproximamos a los contenidos del gobierno chavista; la tercera parte se propone identificar algunos rasgos del fenómeno Chávez con las formas neopopulistas de gobierno, destacando especialmente su dimensión militar; la cuarta vincula populismo y democracia bajo el signo de la ambigüedad que los gobiernos y movimientos de este corte político han mantenido siempre con las formas democráticas, detectando sus expresiones en el caso que nos ocupa; y la quinta aborda el problema de la temporalidad presente en los populismos de ayer y de hoy, mismo que se manifiesta en el inmediatismo con el cual estos regímenes pretenden satisfacer las demandas populares, lo que justificaría el vínculo directo entre el líder y la sociedad, obviando las mediaciones institucionales. El gobierno de Hugo Chávez encarna también este rasgo.

EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA: LOS DE OTRORA Y LOS DE AHORA

Los gobiernos de Juan Domingo Perón en Argentina y de Getulio Vargas en Brasil han sido considerados como los dos modelos típicos de populismo clásico que hicieron vida en la América Latina de las décadas de 1940 y 1950. Ambos surgen en momentos en los que ya no es posible que el antiguo orden liberal y su principal fundamento, el dominio de las oligarquías decimonónicas, se sostengan. La presencia incipiente de una clase industrial, así como la emergencia de sectores medios y obreros, en un contexto en el que ninguno de estos grupos tenía posibilidades de incidir en la dirección de la sociedad, hicieron necesario el establecimiento de Estados fuertes que asumieran tal dirección.¹ Figuras como las men-

¹ Estados fuertes que estaban en sintonía con las transformaciones que se operaban en el mundo: llegaba a su fin el sistema liberal de Estado, el cual, bajo el principio del *laissez faire*, dejaba actuar al mercado al arbitrio de sus leyes. Los graves problemas sociales que trajo consigo el desarrollo del capitalismo industrial forzó al diseño de un conjunto de políticas desde fines del siglo XIX en Europa, con el objetivo de paliar los desajustes sociales que él mismo traía implícito.

cionadas se convirtieron en conductores históricos del nuevo estado de cosas, apoyados, como Perón, en la gran fortaleza carismática de su personalidad y en un discurso de redención social hasta entonces inédito en la región. Líder y pueblo pasaron a constituir una unidad, en la que el primero se convirtió en la encarnación incontrovertible del segundo.

Estas experiencias produjeron un imaginario de inclusión que marcó frontera con respecto a una exterioridad, ocupada en el discurso por el “campo enemigo” y que sirvió para legitimar prácticas políticas excluyentes.² Ambos gobiernos, sobre todo el de Perón, desplegaron una retórica fuertemente antiliberal y antiimperialista, que adjudicó a la oligarquía y al “imperialismo” la responsabilidad de la situación de precariedad nacional, particularmente de sus franjas sociales más depauperadas. Sendos gobiernos, también, desplegaron políticas sociales con sentido universalista (salario mínimo, seguro social, jubilaciones) e incorporaron a los sectores trabajadores organizados, así como al empresariado, en la toma de decisiones de carácter público mediante mecanismos corporativos de representación de intereses.

Pero el carácter protagónico del Estado, expresado en su capacidad redistribuidora e interventora, se infarta con su incapacidad para sostener el modelo ante el colapso del proceso sustitutivo de importaciones y el déficit fiscal que sufrió desde mediados de la década de 1960. Cuando los Estados dejaron de contar con los recursos con los que les había sido posible redistribuir e incorporar, se hizo cada vez difícil mantener las políticas populistas.³ Los regímenes militares irrumpen en ese momento

Las dos guerras mundiales y sus terribles secuelas, tanto económicas como sociales, así como la revolución rusa, dieron paso al diseño de un nuevo tipo de Estado, el Estado social, más adaptado a las condiciones sociales de la civilización industrial con sus nuevos y complejos problemas (véase García Pelayo, 1980).

² Del populismo latinoamericano en su vertiente discursiva se ha ocupado básicamente Ernesto Laclau. Véase especialmente su trabajo “Populismo y transformación del imaginario en América Latina” (1987).

³ Sin embargo, debe señalarse que no ha dejado de existir el populismo en tanto que imaginario siempre vigente en la cultura política latinoamericana (la vuelta de Perón en 1973 lo certifica, así como la pervivencia del peronismo, aunque transfigurado, a lo largo del tiempo en Argentina). Si, como han sostenido algunos estudiosos del fenómeno, el populismo es parte constitutiva de la política de casi todos los



Pedro Ruiz

12 de agosto de 2004. La oposición venezolana cierra la campaña electoral en favor del “sí” para el referéndum con una marcha sobre la autopista del Este en Caracas. Este venezolano, José Flores, dice encarnar a Simón Bolívar “arrecho” [bravo, molesto].

países latinoamericanos, éste entonces siempre ha estado presente y no como suponen quienes lo vinculan sólo con momentos de crisis. Como ha señalado De la Torre (2003), siguiendo a Knight y Canovan, en algunas naciones el populismo es un fenómeno recurrente de la vida política. En este trabajo se comparte la idea de asimilarlo como un recurso o un estilo político, que puede estar más o menos presente siempre, antes que con un sistema de gobierno o una doctrina determinados. Para Ulianova (2003: 160), el populismo es un “recurso político y no un proyecto ideológico”, por lo tanto, parece más útil —señala— estudiar las experiencias concretas y los distintos grados en que el recurso está presente en las historias políticas de los países.

para contener el avance de las movilizaciones populares y sus demandas. El populismo, aparentemente, tocaba fin.

Pero no ocurrió así y entre las décadas de 1980 y 1990, líderes providenciales regresaron a la escena portando la buena nueva del recomienzo nacional y la salvación del pueblo humilde⁴ frente al deterioro de los sistemas políticos y las organizaciones partidistas en particular. Perú, a comienzos de la década de 1990, representa el ejemplo más notorio con el ascenso de Fujimori. En la literatura política latinoamericana de la última década se ha bautizado este fenómeno como *neopopulismo*, término acuñado para nombrar formas o estilos de gobierno que, si bien conservan algunos rasgos de los populismos clásicos, presentan algunas características novedosas que los distancian de los primeros. Entre otras, destacan un fuerte sesgo antipolítico,⁵ debilidad de los mecanismos institucionales con respecto a las decisiones del caudillo y el diseño de políticas económicas que lo concilian con el neoliberalismo. Con relación a este último aspecto, es necesario precisar que el despliegue de políticas neoliberales requirió, para poder operar, del reforzamiento de la autoridad del poder ejecutivo. De allí que, como ha indicado Mayorga (s.f.), esta clase de políticas muestra disposición a estimular la antipolítica neopopulista. En otras palabras, podemos decir que el populismo puede resultar funcional para el neoliberalismo. El caso peruano evidencia la no necesaria incompatibilidad de prácticas de estirpe neoliberal con la redistribución focalizada de recursos, con sentido clientelar, como lo ha mostrado Roberts: “los ajustes neoliberales pueden facilitar el otorgamiento de beneficios materiales más selectivos y direccionados ha-

cia grupos específicos, beneficios que se pueden utilizar como elementos de construcción de intercambios clientelistas locales” (1998: 383).

CHÁVEZ: ¿DE NUEVO EL VIEJO POPULISMO?

No parecen andar descaminados los periodistas, analistas y académicos que han señalado similitudes entre el gobierno del teniente coronel Hugo Chávez y el de Juan Domingo Perón en la Argentina de 1946 a 1955. Militares los dos, de extracción popular, portadores de un carisma excepcional y defensores radicales de un nuevo trato hacia la población pobre, ambos personifican al político típicamente populista.

Bourricaud ha señalado como características de los populismos históricos una dosis de antiimperialismo dirigido en particular contra Estados Unidos; una concepción del desarrollo en sentido autónomo, hacia adentro; exigencia de una participación de las fuerzas sociales que las oligarquías tradicionales habían excluido y una preferencia por las coaliciones, más que por la acción de clases en el sentido marxista-leninista (en Ianni, 1975: 60). A estos rasgos agregamos nosotros un sustrato ideológico que concibe al pueblo como una entidad única e indivisible,⁶ no sujeta a la ley, como ha señalado Pécaut (1987). Estas características, adjudicadas a los populismos clásicos como el de Perón, se reproducen fácilmente, a nuestro juicio, en el caso de Hugo Chávez, como intentamos demostrarlo en lo que sigue.

Chávez contra el imperio

Al igual que Perón,⁷ uno de los frentes discursivos más radicales que ha abierto Chávez es el que tiene como ob-

⁴ Es el fenómeno que Zermeño (1989) reconoció como “el regreso del líder”, sin asociarlo con una vuelta del populismo.

⁵ Siguiendo a Mayorga (2002), la antipolítica se entiende aquí como una estrategia “cuyo núcleo es una política electoral llevada a cabo por actores ajenos al sistema partidario, que compiten en el juego electoral con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las élites políticas establecidos. Esta política se desarrolla en el terreno de la democracia, pero atacando implacablemente a sus protagonistas principales, los partidos”. Los populistas de nueva generación se distinguen en virtud de que acentúan este rasgo con más vehemencia, sobre todo en relación con los partidos políticos, tal como advierte Conniff (2003). No obstante, debemos recordar que Perón desconfió también de la política (no explícitamente de los partidos, sino de la política como práctica) y que influyó en sus bases en ese mismo sentido (véase Portantiero y De Ipola: 1981).

⁶ Portantiero y De Ipola (1981: 8) han señalado que “el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organizadas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular a base de la distinción ‘amigo’ y ‘enemigo’”.

⁷ Recordemos aquí las palabras de Eva Perón en su última alocución

jetivo confrontar al “imperialismo” estadounidense, encarnado fundamentalmente en la figura del presidente G. W. Bush, desde la plataforma de una retórica nacionalista, en nombre de la cual se proclama una acción política y un modelo de desarrollo económico libre e independiente.⁸ Atreverse a llamar a Bush “pendejo” públicamente, contraviniendo todas las reglas de la diplomacia internacional, ha sido el gesto de desprecio más significativo que ha tenido el presidente Chávez con respecto al gobierno del país norteamericano. Y también uno de los que probablemente haya hecho aumentar la admiración de sus seguidores: insultar al máximo representante de la gran potencia al concluir una marcha (convocada bajo el lema de “Venezuela se respeta” en febrero de 2004) y frente a miles de sus adeptos no puede ser leído por parte de éstos sino como una hazaña de su máximo líder: él, nuestro presidente, uno igual a nosotros, se atreve como nadie a desafiar al representante mayor del gran imperio. Los continuos ataques a la responsable del Departamento de Estado, Condoleezza Rice, a veces de contenido sexista y racista, forman también parte de este estilo anti-gringo.⁹ El retiro de las bases militares venezolanas en abril de 2005 del grupo de oficiales estadounidenses encargados de continuar el programa de intercambio militar que por 35 años mantuvieron ambos gobiernos¹⁰ puede ser asi-

al pueblo: “Los imperialismos! A Perú y a nuestro pueblo les ha tocado la desgracia del imperialismo capitalista. Yo lo he visto de cerca en sus miserias y en sus crímenes [...] Nosotros somos un pequeño pueblo de la tierra, y sin embargo, con nosotros Perú decidió ganar frente al imperialismo capitalista, nuestra propia justicia y nuestra propia libertad” (en *Mi mensaje*, 1951: < www.elortiba/mimen.html >).

⁸ Modelo de desarrollo que tiene como base fundamental la soberanía en el manejo del recurso petrolero, reactivando así uno de los ejes históricos de nuestra identidad política, a saber, la que se construyó a partir de la oposición a las formas imperialistas, tal como lo ha mostrado Dávila (1996).

⁹ Vale la pena recordar que en los primeros años de su gobierno, el discurso de Chávez no tuvo esta característica. La frontera de la que habla Laclau fue marcada fundamentalmente con respecto a la “oligarquía” nacional y a las “cúpulas podridas” (Chávez *dixit*) del viejo bipartidismo venezolano. Pero, en la medida en que estas fueron siendo desplazadas, debilitándose como enemigos a vencer, la frontera fue corriéndose hacia una exterioridad enemiga, fuera de los límites nacionales, como la contenida en Estados Unidos.

¹⁰ Para tomar esta acción Chávez puso como pretexto: “Hemos detectado que, si no todos, una parte de ellos siguen haciendo una campaña dentro de la institución militar y eso no se puede permitir. Hablando mal del presidente y de la superioridad militar [...] No hay

milado como una manera de enfrentar los designios imperiales en el más parecido estilo del populismo desplegado por el primer gobierno peronista. El cuadro anti-imperialista, sin embargo, estaría incompleto si no se le adiciona lo que, según Chávez, mueve el interés del gobierno de Bush: el petróleo venezolano, al cual “Estados Unidos le puso el ojo, ya que malgastaron el propio” (*El Universal*, 25-IV-2005: 1-12).

El nacionalismo chavista

El populismo ha sido visto por algunos de sus estudiosos como una especie de nacionalismo cuyo rasgo distintivo es la equiparación de la nación y el pueblo, equiparando éste último al universo social integrado por la “gente simple” (Stewart, 1969: 225). A esta asimilación hay otra que discurre pareja, aquella que identifica al pueblo con el caudillo y a éste con el Estado.

La otra cara del anti-imperialismo de Chávez es su nacionalismo, el cual no sólo asimila a la nación con el pueblo, sino que a su propia persona con el colectivo nacional resumido en los excluidos. En nombre de este colectivo es que el presidente se erige como el defensor de los intereses nacionales frente a la supuesta voracidad del imperio.¹¹ Sin embargo, este nacionalismo no se ha traducido hasta ahora en un modelo económico hacia dentro, como el que tuvo lugar en América Latina en la posguerra, sustentado en el modelo sustitutivo de importaciones. Antes bien, el volumen de las importaciones venezolanas ha aumentado considerablemente en los últimos años,¹² al tiempo que Chávez insiste febrilmente en el

más operaciones combinadas, porque los mandan a calentarse la oreja a los muchachos nuestros” (*El Universal*, 25-IV-2005: 1-12). Tal pretexto debe ser percibido en el marco de lo que algunos autores (Minogue, 1969; Mac Rae, 1969) identifican como un rasgo constante en los populismos: el “conspiracionismo”, según el cual siempre hay una confabulación en marcha contra el movimiento, que debe ser vencida por medio de una batalla ineludible.

¹¹ Más allá de las fronteras domésticas, Chávez intenta construir un imaginario latinoamericano redentor, en el que su figura se imponga como la del campeón de la autonomía frente a Estados Unidos. El manejo de grandes recursos provenientes de la renta petrolera le facilita esta estrategia.

¹² Las importaciones no petroleras aumentaron 57% en el primer tri-



Pedro Ruiz

17 de diciembre de 2001. Miles de entusiastas se reúnen en la avenida Bolívar en espera del discurso del presidente Hugo Chávez en apoyo al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR200).

142 ◀

diseño de núcleos endógenos de desarrollo como instrumento alternativo al “capitalismo como modelo esclavista”: “aquí estamos inventando un modelo y por eso es que en Washington están enojados, porque queremos liberarnos del capitalismo y así lo estuvieron años atrás con Simón Bolívar”.¹³

mestre de 2005 con relación al primero de 2004, con lo cual la economía venezolana ratifica su condición de economía portuaria (véase Guerra, 2005: 4).

¹³ (<www.indymediapr.org>, 20-II-2005, página consultada el 2-VI-2005). Vale la pena ampliar las ideas del presidente en este sentido. Chávez ha explicado que antes creía en la Tercera Vía, promovida por Tony Blair, pero que ahora tiene como misión convencer a los venezolanos de que el socialismo es el camino, aunque no copiará modelos políticos, ni siquiera el cubano. Bolívar, Ghandi y el Che serán los guías. Bolívar, porque el capitalismo es contrario al pensamiento bolivariano (véase *El Nacional*, 1-VI-2005: A-6). De acuerdo con Chávez, el desarrollo endógeno se inscribe dentro de este nuevo modelo económico socialista, el cual “estará centrado en la igualdad de las personas y el respeto a las culturas” (Agencia Bolivariana de Noticias: <www.Abn.info.ve/go_news5?articulo=3919>). A pesar de que Perón no habló de socialismo, recordemos que criticó al capitalismo de la

La inclusión de los excluidos

Aunque el populismo no se produce sólo en coyunturas de crisis, como se ha dicho —y en Venezuela este recurso siempre ha estado presente en el arsenal de los gobiernos democráticos—, Chávez, como fue el caso de los viejos populismos, es producto de una fuerte fractura del sistema sociopolítico fundado en un conjunto de pactos constitutivos que dominó en Venezuela desde la reinauguración de la democracia en 1958.

El objetivo principal que guía al estilo de gobierno de Chávez no será otro que el de incorporar a los postergados al reino de la felicidad, negado por el sistema anterior, es decir, controlado por la “oligarquía”, que en el

misma manera en que lo hace el presidente venezolano hoy: “La estructura capitalista del país [...] no satisface sino que frustra las necesidades colectivas [...] De ella no puede nacer una sociedad justa ni cristiana” (en Iturrrieta, 1990: 117).

lenguaje chavista no queda claro si se refiere a la élite económica, a la política, o a ambas a la vez. En todo caso, se trata de un enemigo responsable de la debacle nacional al que debe hacerse desaparecer, so pena de que la promesa del “reino feliz de los tiempos finales” (García Pelayo, 1981) no se cumpla.¹⁴ Los propósitos de inclusión de los pobres por parte del gobierno se han intentado concretizar por medio de distintos ensayos de atención social. Algunos ejemplos son el Plan Bolívar 2000 y el Fondo Único Social, conducidos por militares al comienzo de la gestión, y la creación luego de diferentes entes para financiar iniciativas populares, como el Banco de la Mujer o el Banco del Pueblo, que en el año 2003, frente a la perspectiva de aplicación del referéndum revocatorio, dieron paso a la organización de las conocidas Misiones en las áreas de educación, salud, empleo, entre otras.¹⁵ En el plano de la participación sociopolítica, la Constitución de 1999 prevé un conjunto de mecanismos, como los *referenda*, para derogar el mandato a autoridades electas —el presidente, los gobernadores y alcaldes—. En el de la participación popular, la Constitución también abre un espacio. Y es que ciertamente el gobierno ha estimulado la creación de organizaciones de base, pero

¹⁴ La dimensión mítica del chavismo como promesa de redención es analizada por Arenas y Gómez (2005) a partir de los Círculos Bolivarianos, organizaciones diseñadas por el Ejecutivo con el propósito de organizar unitariamente al pueblo. El “reino feliz de los tiempos finales” alude al momento en el que la buena nueva de la redención se hace acto: el tiempo definitivo en el que la comunidad alcanza la felicidad.

¹⁵ La evidencia de las motivaciones electorales de estos programas nos la brinda el propio presidente: “Ustedes deben recordar que, producto del golpe y todo el desgaste aquel, la ingobernabilidad que llegó a un grado alto, la crisis económica, nuestros propios errores, hubo un momento en el cual nosotros estuvimos parejitos [con respecto las fuerzas de oposición quiere decir Chávez], o cuidado si por debajo. Hay una encuestadora internacional recomendada por un amigo que vino a mitad del 2003, pasó como dos meses aquí y fueron a palacio y me dieron la noticia bomba: ‘Presidente, si el referéndum fuera ahorita usted lo perdería.’ Yo recuerdo que aquella noche para mí fue una bomba aquello [...] Entonces fue cuando empezamos a trabajar con las misiones, diseñamos aquí la primera y empecé a pedirle apoyo a Fidel. Le dije: ‘Mira, tengo esta idea, atacar por debajo con toda la fuerza’, y me dijo: ‘Si algo sé yo es de eso, cuenta con todo mi apoyo.’ Y empezaron a llegar los médicos por centenares, un puente aéreo, aviones van, aviones vienen y a buscar recursos [...] Y empezamos a inventar las misiones [...] y entonces empezamos, mire, a remontar en las encuestas, y las encuestas no fallan” (en Harnecker, 2004: 44).

sujetas al interés del proyecto del líder. Como apunta Pécaut (1987: 251), al acusar a la oligarquía, “el populismo hace por primera vez del igualitarismo en América Latina un componente central de las representaciones políticas. *Pero ese igualitarismo no pretende participar en la autonomización de la sociedad civil ni de la instauración de lo social a partir de sí mismo*” (el énfasis es nuestro).

Con atención al caso particular del peronismo, Portantiero y De Ipola (1981: 14) han señalado que “el peronismo constituyó a las masas populares en sujeto (el pueblo) en el mismo movimiento por el cual —en virtud de la estructura interpelativa que le era inherente— sometía a ese mismo sujeto a un sujeto único absoluto y central, a saber, el Estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe carismático”. Este fenómeno inherente a las formas históricas del populismo, como se ha indicado, es compatible también con el chavismo. Por esta razón compartimos la idea de Ramírez Roa cuando advierte que la reintegración al juego político democrático prometida por el teniente coronel es “más simbólica que real”, en virtud de que éste “no se ha mostrado hasta ahora muy interesado en que instrumentos de organización política y social se desarrollen, puesto que pondría en entredicho su relación directa con las masas y, sobre todo, su autonomía” (2003: 151). El mejor ejemplo de esta subordinación de las organizaciones sociales nos lo proporcionan los Círculos Bolivarianos, unidades fundadas bajo la dirección del presidente, de modo que éste deviene así en jefe de la sociedad organizada, lo que le permite reconstruir un corporativismo estadocéntrico, hasta en lo espacial, ya que el palacio presidencial de Miraflores no sólo es la sede del Poder Ejecutivo, sino el centro mismo de la sociedad (Arenas y Gómez, 2005: 22). Al margen de que el proceso chavista no haya logrado cuajar organizaciones sólidas y sostenidas en el tiempo, como era el objetivo con los Círculos Bolivarianos en su momento, la voluntad de encuadrar las iniciativas populares al molde de la revolución sigue estando viva.¹⁶

¹⁶ En noviembre de 2004 Chávez se reunió con su equipo de gobierno, incluidos alcaldes y gobernadores, en el teatro de la Academia Militar y definió los “grandes objetivos” de la revolución, enmarcados

Moralismo, no lucha de clases

Como en los populismos clásicos, en Chávez y el chavismo dominantes¹⁷ no encontramos posturas políticas, ni acciones emprendidas en el terreno de las clases sociales. No hay, a nuestro juicio, una ideología de clases a partir de la cual se diseñe una estrategia de lucha en pos de la instauración de un nuevo tipo de sociedad, no obstante las invocaciones a la construcción del socialismo del siglo XXI.¹⁸ Recordemos que Chávez llega al poder

en lo que el presidente denomina, a la manera de la revolución maoísta, “la filosofía del salto adelante”. El tercer objetivo, de los diez presentados, tiene por finalidad “la construcción del nuevo modelo democrático de participación popular” a partir de la nueva estructura social de base que surgió con motivo de la batalla de Santa Inés (así bautizó Chávez el dispositivo electoral organizativo que montó para lidiar con el referéndum revocatorio presidencial celebrado en agosto de 2004). Esto puede traducirse en la concepción de la organización popular como una plataforma del proyecto bolivariano chavista. Si ampliamos las ideas expuestas por el ex teniente coronel en ese mismo encuentro, podremos confirmar que ese “salto adelante” no desea reservar resquicios para que respire ninguna expresión social que no se adecúe a la revolución, porque la tarea máxima es la de crear un nuevo hombre. Decía Chávez: “No es suficiente que el mapa venezolano esté cubierto de rojo, eso no basta, que tengamos 21 gobernadores de 23 [...] y la mayoría de las alcaldías del país [...] La nueva batalla profunda está comenzando, el enemigo está intacto, más allá de lo visible [...] Por todos lados, la idea... la vieja idea hay que golpearla, golpearla, pero golpearla sin clemencia por el hígado, por el mentón, todos los días, en todas partes [...] No son los hechos, no es la superficie lo que hay que transformar, es el hombre” (véase texto editado por Martha Harnecker, 2004).

¹⁷ Decimos dominantes porque es posible encontrar identificaciones de clase en aquellos sectores dentro del chavismo que proceden de la izquierda comunista más radical, pero no son éstos los que dirigen el curso del proceso, aunque eventualmente puedan hacer sentir su influencia, hasta ahora más retórica que real.

¹⁸ La convocatoria de Chávez a construir el socialismo es relativamente nueva en su discurso. Aparece en el marco del “salto adelante” del cual se habla en la referencia anterior, ligada a las ideas de los próceres patrios Bolívar, Sucre y Simón Rodríguez, a quienes Chávez atribuye ideas propias del “socialismo originario, del llamado socialismo utópico” (Chávez, en su programa *Aló, Presidente*, 5-VI-2005, en *Prensa Presidencial*: <www.aporrea.org>). En junio de 2003, el ex teniente coronel se había deslindado del comunismo al proclamar: “¡No hombre! Yo no soy comunista. Es más, yo ni siquiera he estudiado el comunismo. Y aun siendo comunista, si lo fuera, en este momento en Venezuela el proyecto no puede ser comunista. Yo tengo amigos comunistas... Fidel, mi amigo y hermano, es comunista, pero el proyecto de Venezuela no es comunista” (*El Nacional*, 9-VI-2003: A-2). Pese a esta observación, es posible rastrear en la trayectoria política de Chávez posturas pro-izquierda (Parker, 2001) o vínculos con las facciones radicales de esta tendencia en Venezuela (Petkoff, 2000; Marcano y Barrera Tyszka, 2005).

con el apoyo de diferentes organizaciones políticas, todas ellas de izquierda con concepciones que abarcan desde el radicalismo más añejo, como el del Partido Comunista Venezolano (PCV), hasta posiciones más moderadas, como las del Movimiento al Socialismo (MAS), Patria para Todos (PPT) y Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). Incluyendo al partido fundado por Chávez, el Movimiento Quinta República, estas fuerzas conformaron un frente electoral denominado Polo Patriótico, base del mayor apoyo político organizado a favor de su candidatura presidencial. Pero, más allá de este respaldo, que numéricamente representó muy poco, la verdadera fuerza de Chávez, en ese sentido, hay que localizarla en el pueblo sin militancia ni referente organizativo. De modo que no es una clase en particular, representada en un partido determinado, la que triunfa cuando éste se hace del poder luego de las elecciones del 6 de diciembre de 1998, sino una franja de la población (trabajadores, clase media, informales, campesinos, fragmentos del empresariado) profundamente desencantada con el estado de cosas. Como Perón,¹⁹ el candidato interpeló al pueblo, no a una clase en específico; al pueblo excluido, al pueblo descontento y ese pueblo atendió al llamado.

Cuando Chávez arremete contra sus opositores los llama “escuálidos”, “oligarcas” (“argentinos fallados” los llamó Perón) y, a pesar de que condena la riqueza y a los ricos, esta condena es, a nuestro juicio, expresión de una postura moral en el sentido cristiano,²⁰ pero no de una visión teórico-práctica de clases, como la que guió a Vladimir Ilich Lenin en la Rusia de los zares, por ejemplo. Pese a lo anterior, algunas actuaciones en contra de la propiedad privada, como las adelantadas en perjuicio de algunos propietarios rurales en el marco de

¹⁹ Vale la pena traer de nuevo a colación las palabras de Evita para ratificar la ausencia de una visión de clase en los populismos: “No puede haber, como dice la doctrina de Perón, más que una sola clase: los que trabajan [...] Yo no hago cuestión de clases. Yo no auspicio la lucha de clases” (en *Mi Mensaje*, 1995, en <www.elortiba/mimen.html>).

²⁰ “Es malo ser rico, la riqueza pervierte”, le ha dicho Chávez a sus seguidores. Y apelando a la palabra bíblica ha completado su juicio diciendo que “es más seguro que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico al reino de los cielos” (en mitin con motivo del 1º de mayo de 2005).

una reforma agraria profundamente estatista, han despertado temores de que el gobierno pueda radicalizar sus políticas y dirigirlas hacia la instauración de un tipo de socialismo no democrático.

CHÁVEZ: ¿NEOPOPULISTA?

Uno de los rasgos en los que coinciden los que han acuñado el término neopopulismo es el carácter de *outsider* de los líderes que, a la luz de los desgastes de las instituciones políticas, surgidas en el marco de los estados desarrollistas, irrumpieron a finales de la década de 1980 desde los márgenes de sus respectivos sistemas políticos con la promesa de la salvación de los excluidos. El teniente coronel Chávez Frías cumple meridianamente con este requisito. Venido de las filas castrenses, su trayectoria hasta el día que intentó derrocar al gobierno de Carlos Andrés Pérez en febrero de 1992 está exenta de todo vínculo con los partidos tradicionales. Jamás ocupó un cargo de responsabilidad pública: Chávez tomó el poder sin haber hecho carrera política alguna. Una amiga de cuando estudiaba bachillerato lo describe mejor que cualquier análisis: “Es algo muy difícil de asimilar. Hay que ver lo que significa no haber sido concejal, no haber sido diputado, no haber sido dirigente, no haber sido un carajo en la política... y terminar de pronto siendo presidente” (en Marcano y Barrera Tyszca, 2005: 34). Otras cualidades de los fenómenos populistas, sin embargo, no pueden atribuírsele tan claramente.

Según Coniff (2003), los gobiernos neopopulistas abandonaron el intervencionismo de Estado en materia económica; se mostraron dispuestos a desprenderse de sectores que en el pasado fueron cruciales, como los sindicatos e industriales organizados, conquistando sus apoyos preferiblemente fuera de ellos; y pusieron menos énfasis en la cultura popular. Algunos de estos elementos pueden adjudicársele a Chávez cómodamente, otros no, lo que dificulta su identificación automática con los fenómenos calificados de neopopulistas, pero no la imposibilita. En efecto, si revisamos la gestión del presidente en materia económica podremos darnos cuenta del grado de injerencia que ésta ha tenido en materia de políti-

ca económica.²¹ No obstante, esta característica —propia de los populismos clásicos en los que el intervencionismo del Estado se correspondió con una dinámica corporativa, en la que desempeñaron un importante papel los sectores organizados— no encuentra aparejo en el extrañamiento que es posible observar en el chavismo con respecto a sectores organizados como los que conforman los trabajadores o los empresarios—.²² Por otra parte, Chávez ha puesto énfasis en la cultura popular reivindicando sus expresiones y asociándolas con su revolución.²³

Mayorga (s.f.) ha señalado que el discurso neopopulista no traduce una ruptura con el populismo tradicional, sino que, por el contrario, establece una “continuidad notable con sus principios ideológicos claves que configuran un universo dicotómico (pueblo *vs* explotadores, nación-antinación). Pero no todo es continuidad: el discurso neo rompe con el populismo tradicional al abandonar el antiimperialismo y el distribucionismo”. Como hemos podido confirmar, Chávez ha mantenido un discurso antiimperialista que se ha agudizado en el último año, y también ha desarrollado una política distributiva destinada a favorecer a los sectores más deprimidos de la población a cambio de apoyo político. Esto lo alejaría, ciertamente, de las formas neopopulistas. Asi-

► 145

²¹ La economía venezolana vive un proceso de intervención estatal cada vez más definido. Control sobre las divisas, las tasas de interés y los precios, y el establecimiento de subsidios son los ingredientes que identifican este proceso. La Ley de Tierras, que somete a una planificación centralizada todo lo concerniente al proceso productivo en el campo, puede ser mostrada como la mejor expresión del deseo de control por parte del Estado sobre el sector agrario. Basta recordar que ésta, al contrario de lo que se cree, no otorga la propiedad de la tierra a los campesinos: el Estado la retiene para sí, cediéndola en calidad de prenda a los potenciales productores.

²² Ni la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), organización que afilia a la mayor parte de los trabajadores organizados en el país, ni Fedecámaras, ente que agrupa al grueso del empresariado, pueden contarse entre los organismos con los cuales el gobierno de Chávez se entiende; todo lo contrario, éstos le han sido adversos constantemente. A lo largo de estos años hemos visto los esfuerzos desplegados por el gobierno para desplazar estas organizaciones por otras que le sean leales (véase Arenas, 2005; Iranzo y Richter, 2005).

²³ La más importante expresión de esa cultura popular ha sido el mismo libertador Simón Bolívar, figura que si bien ha formado parte del culto oficial a lo largo de nuestra constitución republicana, también ha encontrado un lugar importante en los altares que el imaginario popular le ha construido, no sólo como héroe sino como santo.

mismo, encontramos en Chávez esa visión maniquea de la sociedad, característica de los populismos clásicos, como lo señala el mismo Mayorga, lo cual permite apreciarlo como una de las últimas expresiones de un fenómeno que ha estado presente en la política latinoamericana desde la década de 1930. Sin embargo, atendiendo a los rasgos que tipifican al neopopulismo (vistos en *supra*), a saber, una fuerte postura antipolítica y una disposición a aplicar fórmulas neoliberales, también es posible encuadrar de manera relativa al presidente en las variantes neopopulistas latinoamericanas de gobierno. Como sabemos, Chávez ha mantenido desde los orígenes de su trayectoria una postura antipolítica no sólo porque, como ya se ha señalado, proviene de las orillas del sistema político venezolano, sino porque su verbo y acción han tenido como blanco a dicho sistema, en particular a los partidos históricos Acción Democrática y COPEI. Esto, por un lado; pero por el otro, a contracorriente de su discurso, Chávez ha desplegado medidas de corte económico que se emparentan con las estrategias neoliberales.²⁴ Esto, por supuesto, no nos da licencia para calificarlo de liberal sin más, pero sí para afirmar que su gobierno es un producto híbrido en el que se mezclan laxamente ingredientes de este corte con rasgos socializantes al estilo cubano.

146 ◀

²⁴ Estas medidas se muestran claramente en los tres primeros años de su gobierno. La Ley de Telecomunicaciones, reconocida como la más liberal de América Latina; la ley que evita la doble tributación que favorece sobre todo a las empresas estadounidenses; así como la Ley sobre Promoción y Protección de Inversiones, que asegura a los inversionistas la libre transferencia de la totalidad de sus capitales, dividendos o utilidades netas comprobadas, sin necesidad de autorización y en divisas libremente convertibles, conforman una arquitectura jurídica de estirpe liberal (véase Arenas, 2001). Además de lo anterior, debe tenerse en cuenta el establecimiento de un conjunto de impuestos que obedecen a la ortodoxia liberal, como el Impuesto al Valor Agregado y al débito bancario. Por otra parte, y en contradicción con la retórica, las estadísticas revelan cómo desde 1999 las inversiones estadounidenses directas se han incrementado de 10.81% en ese año a 44.28% en 2003 (fuente: <www.siex.gov.ve>). La convivencia con las empresas petroleras internacionales, mismas que han desarrollado sus operaciones en forma normal, nos remiten a la observación de Martucelli y Svampa, quienes han recordado que pese a que el populismo requiere de un enemigo externo para sobrevivir (el “tercero incluido”, porque ese enemigo no sólo está afuera, sino también adentro), “el populismo llega hasta aquí, sólo hasta aquí [...] [ya que] siempre necesitó cohabitar con el enemigo” (1998: 259). En el caso venezolano, esto es aún más cierto si tenemos en cuenta que Estados Unidos ha sido históricamente nuestro socio comercial más importante.

Populismo con uniforme

Conniff (2003) sugiere que tal vez existe en América Latina una nueva categoría de neopopulismo surgida en los últimos años: la militarista. Su perfil no luce completamente claro. Su representación —señala— encarna en figuras como Lucio Gutiérrez en Ecuador, Lino Oviedo en Paraguay y Hugo Chávez en Venezuela. En este punto particular el autor subraya una diferencia de los nuevos populismos con respecto a los viejos. Éstos últimos se “llevaban mal” con el militarismo, sostiene. Reconoce en Perón la excepción, pero recuerda que éste, a pesar de provenir de las filas del ejército, tenía problemas con el alto comando, por los cuales fue depuesto en 1955.

En Venezuela, efectivamente, estamos presenciando la vuelta del militarismo después de su defenestración durante varias décadas.²⁵ Es éste un militarismo con retórica izquierdista que guarda mucha semejanza, como se ha indicado, con el primer gobierno de Perón, salvando, insistimos, la distancia creada si se tiene en cuenta que el caudillo argentino no exhibió afección especial por ideas de estirpe socialista o comunista.

El militarismo chavista no es sólo de forma, también es de contenido. De forma, pues su gestión de gobierno y su discurso están fuertemente impregnados de sustancia militar. Uno de los indicadores que refuerzan este aserto es el gran número de militares en cargos de gobierno.²⁶

²⁵ Puede decirse que el primer intento de despojar a la política venezolana de la carga militarista lo encontramos en Betancourt y su partido Acción Democrática en el trienio 1945-1948, pero sin dejar de reconocer los esfuerzos que pueden distinguirse en ese sentido por parte de dos líderes uniformados, herederos del gomecismo, pero de clara vocación civilista, que fueron López Contreras y Medina Angarita. La reconquista de la democracia en 1958, después de la última dictadura militar, inaugura un periodo de paréntesis en el que el poder armado se sujeta constitucionalmente al poder civil, dando lugar a que, como ha sostenido Álvarez, “la política venezolana se desmilitarizara por primera vez en la historia” (2002: 112).

²⁶ Datos interesantes con respecto a la presencia de militares en cargos públicos nos los proporciona Guardia (2005): en 1999, el primer año de gobierno del presidente, los uniformados sumaban un total de 179, tanto en la administración central como regional; en 2000 esta cantidad ascendió a 210 y se elevó en 100 más en el año 2003. Empresas del Estado, institutos autónomos, fondos gubernamentales, fundaciones y comisiones especiales, así como el Ministerio de Relaciones Exteriores, han sido las instituciones donde preferentemente los militares han ocupado altos cargos de confianza, sin que esta pre-



Pedro Ruiz

13 de abril de 2002. La revuelta del pueblo venezolano frente al Palacio de Miraflores en contra del golpe de estado de Carmona y exigiendo la liberación de Chávez.

▶ 147

Esta fuerte participación del componente militar no nos dice nada por sí sola si no la acompañamos del sentido y los alcances que la misma tiene, tal como apunta Sucre Heredia (2004), y allí es donde cobra importancia precisamente lo que entendemos por contenido. La identidad militarista del gobierno de Chávez empieza con la Constitución de 1999. Atendiendo a la lectura que realiza Sucre Heredia de la Carta Magna, de quien sustraemos algunas de las ideas que siguen, podemos despren-

sencia se haya traducido necesariamente en mayor eficiencia. Para Sanoja Hernández, figura vinculada al comunismo, periodista y estudioso de la historia venezolana, la diferencia entre el gobierno de Chávez y otros gobiernos del pasado reciente que han trabajado con militares “es apreciable en la cantidad [...] La presencia de militares en el poder [...] es uno de los parámetros del gobierno de Chávez. Con esta premisa ha desmontado el generalato, adecuándolo a las necesidades de su proyecto. Hay ejemplos muy claros, como el del Plan Bolívar, que fue organizado por militares y no tuvo impactos visibles en la reducción del desempleo” (*El Nacional*, 17-VIII-2003: A-8).

der los elementos de los cuales están hechos estos contenidos. En primer lugar, el gobierno —o si somos más rigurosos, Chávez en especial— posee una idea de “unidad” más que de “pluralidad” del conjunto social,²⁷ lo que se traduce en la concepción de que la Fuerza Armada, en vez de continuar siendo uno más entre otros actores, debe garantizar el equilibrio y la horizontalidad;

²⁷ En este fundamento, que parece ser parte esencial del chavismo, es posible entrever una cierta aproximación a lo que Lefort (1990) entiende como “pueblo Uno” en el marco de los sistemas totalitarios: aquel que niega la división constitutiva de la sociedad; que no concibe otra división sino la que se establece entre el pueblo y sus enemigos, entre lo interior y lo exterior; en suma, aquel que invisibiliza las hendiduras y diferencias inherentes a toda vida en sociedad, en nombre de una idea suprema. Habría que ver hasta dónde es capaz de llegar un estilo populista como el que analizamos, si uno de sus aderezos más importantes es el de la izquierda no precisamente más fresca y renovada de América Latina, sino de esa conservadora a la que Joaquín Villalobos (2005: 59) ha calificado como “izquierda religiosa”, misma que no se caracteriza justamente por su talante democrático.

su papel se ha trocado para favorecer la “subordinación” y el “tutelaje” de la sociedad venezolana con respecto a ella. En segundo lugar, asumiendo una suerte de “meta-teoría” de la Constitución, como el mismo autor indica, es posible concluir que dicho texto incorpora elementos que han sido protagónicos en el discurso militar venezolano, como el de la soberanía. Ésta se entiende sólo desde el punto de vista espacial, es decir, la soberanía como un asunto de geografía, lo cual no es novedad. Lo que sí lo es, sostiene Sucre Heredia, es el rango constitucional que pasan a tener las funciones de la Fuerza Armada (hasta 1999 sólo plasmadas en una Ley Orgánica) al consagrarse en el artículo 328 su “participación activa en el desarrollo nacional”, lo que implica un “principio totalizante” que arropa a todos los espacios de actividad y que eventualmente puede restringir la pluralidad (Rey, citado por Sucre Heredia, 2004). Mientras que para la Constitución anterior (1961), la defensa se traduce en acciones hacia afuera, la de 1999 preserva una concepción espacial que “abre la puerta” a la participación interna, lo cual implica que las Fuerzas Armadas se “construyen como el eje sobre el que gira el proyecto de la V República” (Sucre Heredia, 2004: 500). En atención a esta realidad, siempre de acuerdo con Sucre Heredia, las relaciones de “corresponsabilidad” entre el Estado y la sociedad civil consagradas en el artículo 326 entran en desequilibrio: mientras que el primero mantiene un papel activo, la segunda aparece como pasiva.²⁸ Una buena muestra de esta relación desigual la encontramos en la manera en que se procede ahora a otorgar los ascensos militares. De un sistema de negociación entre los partidos políticos representados en la Comisión de Defensa del Senado, las Fuerzas Armadas y el Ejecutivo, se giró a uno en el cual únicamente el presidente posee la facultad de ascender a los oficiales. Con ello, los ascensos quedan sometidos a la voluntad del máximo jefe, lo

que impide que otros actores institucionales actúen en el proceso, lo cual pone en riesgo de ser excluidos de los ascensos a aquellos que no son afectos a la “revolución” (Álvarez, 2002).

Compartimos la idea de Guardia antes mencionada, ya que lo que estamos presenciando en Venezuela es la manifestación de un proyecto corporativo que se propone la modernización del país “a partir del impulso y conducción de los militares en la gerencia política de la sociedad” (2005: 16).²⁹ Esto, sumado al riesgo permanente de subversión militar, explica cuestiones como la de la autonomía del sistema previsional de los militares; el uso de los excedentes petroleros para el fortalecimiento financiero de dicho sistema (véase *El Nacional*, 24-XI-2004: A-22) o el aumento de sueldos al personal de la Fuerza Armada Nacional (*El Nacional*, 25-VI-2005: A-2) en proporciones considerables si se tiene en cuenta que otros sectores no han gozado de estos aumentos o que las magnitudes del incremento han sido poco significativas. Con ello es posible advertir la existencia de una suerte de subpopulismo, dentro del populismo generalizado que identifica al gobierno, dirigido especialmente hacia el estamento militar.

En paralelo parece estarse operando una estrategia de reconversión ideológica cada vez más desembozada del sector militar, que apunta hacia la integración de éste al proyecto bolivariano. “La Fuerza Armada está en el corazón mismo de la revolución” ha señalado el presidente,³⁰ con lo cual establece una simbiosis entre su proyecto y la institución armada. Es decir, desde el ejecutivo y usando todo el poder que éste ha podido acumular se intenta hacer del componente armado un aliado político incondicional. Para esto parece necesario emprender una limpieza ideológica entre los uniformados a fin de construir lo que Chávez denomina “el nuevo pensamien-

²⁸ De esta asimetría no parece escapar ni siquiera el partido más importante que sirve de apoyo al gobierno, el Movimiento Quinta República. Según Blanco Muñoz, cada fracción o tendencia que hace vida dentro de él, “tiene que estar supeditado a la orientación militarista-guerrera. Lo civil es una simple necesidad cada vez más transitoria” (*El Universal*, 5-V-2005: 1-10).

²⁹ Lo que coloca en alto riesgo nuestro devenir democrático si tenemos en cuenta, tal como apunta Beck, que “todas las democracias son democracias militarmente restringidas. La democracia establecida hace nulas la capacidad y la disposición para la defensa tanto como a la inversa, la militarización de la sociedad (de la economía, del derecho, de la vida privada, de los estilos de vida) socava y disuelve la democracia” (1999: 111).

³⁰ En <www.unionradio.com>, 2-VII-2005, consulta 3-VII-2005.

to militar venezolano”, que no es otro sino aquel que debe “rebuscar en el pasado y actualizar el auténtico pensamiento militar venezolano y borrar todo vestigio de la inyección que nos hicieron o aplicaron de la doctrina imperialista” (en Harnecker, 2004: 50). “La Fuerza Armada Nacional renació para luchar contra los imperios, luego de haber sido sometida por varios años por éstos”, ha indicado el presidente,³¹ con lo cual completa la idea de refundación nacional tan propia de la retórica populista, incluyendo a las Fuerzas Armadas, pilares esenciales de una ideología militarista como la del presidente.

Esta apreciación que tenemos sobre el papel del sector militar en el gobierno chavista debe remitirse al proceso de transición que experimenta Venezuela. Para nosotros, éste tiene que ver, en primer lugar, con un fenómeno de circulación de élites que apunta a la sustitución de las viejas por unas nuevas. En el esquema que ahora se fragua, efectivamente, las élites militares están llamadas a desempeñar el papel determinante en el marco de lo que parece despuntar como un sistema corporativista de corte estatal.³²

³¹ En <www.unionradio.com>, 2-VII-2005, consulta 3-VII-2005.

³² De acuerdo con Schmitter, el corporativismo estatal se asocia a menudo “con sistemas políticos en los que las subunidades territoriales están estrechamente subordinadas al poder burocrático central; las elecciones no existen o son plebiscitarias; los sistemas de partidos están dominados o monopolizados por un partido único y débil; las autoridades ejecutivas son ideológicamente exclusivas y reclutadas en un círculo estrecho [...] el corporativismo estatal parece un elemento definitorio, si acaso no estructural, del Estado neomercantilista, antiliberal, capitalista atrasado y autoritario” (1998: 83). La experiencia del Estado Novo desarrollada por Getulio Vargas en Brasil entre 1937 y 1945 puede asumirse como una de las mejores muestras de este tipo de corporativismo en América Latina. En efecto, a partir de la Constitución de 1937, Vargas modeló la organización corporativa de la sociedad ensamblando los intereses de las cámaras empresariales, los gremios de comerciantes y las organizaciones de trabajadores; nombró interventores (casi todos militares) para controlar a cada uno de los estados directamente y eliminó a los partidos políticos con el propósito de construir “un gobierno de puertas abiertas con el fin de recibir del pueblo directamente sus ansias y sus reclamaciones, oír las y examinarlas, de modo que pueda atender a las verdaderas y legítimas aspiraciones de la colectividad” (Vargas, 1938: s.n. de pp.). Para conocer las líneas de acción del Estado Novo veáanse especialmente a Dreyfus (1980) y Skidmore (1976).

DEMOCRACIA Y POPULISMO: EL CONSTANTE SIGNO DE LA AMBIGÜEDAD

Haciéndose eco de los argumentos de Canovan, De la Torre ha insistido en que el populismo es un componente esencial de la democracia, en virtud de que ésta posee una dimensión redentorista insoslayable. El asunto es que, según el mismo De la Torre, “la redención populista también está basada en la apropiación autoritaria de la voluntad popular [por lo cual] los regímenes populistas tienden al autoritarismo” (2003: 62). De allí que los viejos y los nuevos populismos siempre son delegativos.³³

Compartimos esta idea y quisiéramos añadir que esta constante del populismo habría que buscarla tal vez en los mismos sustratos axiológicos sobre los cuales se levanta la democracia como sistema. La aventura democrática, como ha apuntado Molina, “somete a los hombres a la prueba de una indeterminación radical del sujeto del poder, de la ley y del saber; nos descubre a la sociedad y a los individuos sin definición, sin contorno, sin fondo, sin finalidad” (2004: XXVII).

Es esta indeterminación³⁴ la que explica probablemente la ambigüedad del populismo con respecto a la democracia y su deslizamiento hacia formas autoritarias, como lo ha señalado De la Torre. Esta ambigüedad y deslizamiento están presentes en las democracias delegativas, las cuales parecen moverse siempre en el filo que

► 149

³³ Con esto De la Torre apunta hacia el tipo de democracia delegativa que caracterizó O'Donnell (1997), cuyos rasgos más importantes son los siguientes: quien gana las elecciones está autorizado a gobernar como crea conveniente, sólo limitado por la realidad o el término de su mandato de acuerdo con la Constitución; el presidente es considerado como la encarnación de la nación y el definidor y custodio de sus intereses; es una democracia fuertemente mayoritaria y consiste en producir por medio de elecciones limpias una mayoría que autoriza a alguien a convertirse en la exclusiva corporización e intérprete de los intereses de la nación; los presidentes se ven a sí mismos como figuras por encima de los partidos políticos y de los intereses organizados; instituciones como los tribunales y las legislaturas son sólo estorbos que desgraciadamente acompañan a las ventajas domésticas e internacionales resultantes de ser un presidente democráticamente electo; la *accountability* horizontal, típica de la democracia representativa, es sumamente precaria, con lo cual el poder se ejerce sin contrapesos; las tendencias plebiscitarias son reconocibles en la mayoría de los países con este tipo de democracia.

³⁴ Sobre la cual ha llamado también la atención con mucha fuerza Rosanvallon (2003).

separa a las formas democráticas de las que no lo son.³⁵ Efectivamente, las delegaciones que hemos visto en la América Latina de los últimos años, como la de Fujimori, han sido producto en buena medida de la crisis de la democracia representativa, que ha provocado la sustitución de las instituciones y los partidos por la figura del líder personalista, el cual, al concentrar una excesiva representación, termina por distorsionar la representación misma y con esto a la democracia. De modo que, tal como sostiene Mires (2004), el peligro del populismo debe ubicarse no en el populismo como tal, sino en las formas de representación basadas en una personificación extrema, lo que hace que los alineamientos políticos comiencen a ordenarse a favor o en contra del líder y no en función de los intereses e ideales que éste encarna. Para Mires todo populismo se manifiesta inevitablemente en la personificación extrema del poder, resultado de una política que ha sido desbordada por sus componentes populistas, lo cual desemboca en la radicalización antipolítica de estos tipos de gobierno.

150 ◀

Este asunto debe discutirse cuando se evalúa la gestión de Chávez. Como ha sido señalado por diversos autores (entre otros, Álvarez, 2002; Coppedge, 2002; Arenas, 2004), el gobierno de Chávez puede ser considerado un caso de extrema delegación. En efecto, en el presidente se ha producido a lo largo de sus casi siete años de go-

³⁵ Ubicar con certeza lo que no es democracia no es tarea liviana. Después de hacer un recorrido analítico por todas las categorías políticas que pueden presentarse como opuestas a la democracia (absolutismo, autoritarismo, totalitarismo, autocracia), Sartori hace notar que autoritarismo y totalitarismo llegan a ser “con más seguridad contrarios de democracia si se transforman en predicados de dictadura” (2003: 190). Y dictadura para él es “una forma de Estado y una estructura del poder que permite su uso ilimitado (absoluto) y discrecional (arbitrario) [...] El Estado dictatorial es el Estado inconstitucional, un Estado en el cual el dictador viola la Constitución, o escribe una [...] que le permita todo” (2003: 191). No obstante, para Sartori lo contrario en esencia a la democracia es la autocracia, entendida ésta como autoinvestidura; la proclamación de un jefe por sí mismo porque en democracia los jefes son producto de elecciones. Es esta cualidad de la democracia lo que hace difícil de identificar con propiedad al gobierno de Chávez: es producto de varios procesos comiciales, por lo tanto, detenta un certificado democrático de origen, pero ejerce el poder en una especie de zona gris (zona en la que opera la delegación) que con frecuencia se acerca mucho a lo que Sartori conceptualiza como dictadura, en la que no es posible distinguir plenamente cuándo su gobierno actúa apegado a la democracia y cuándo no.



Pedro Ruiz

20 de junio de 2004. El presidente Chávez en su emisión de televisión número 199 de *Aló Presidente*, El Calvario, Caracas.

bierno una fuerte concentración de poder que ignora las formas democráticas de gestión. El poder judicial, el legislativo, el electoral, la fiscalía, la contraloría y la defensoría del pueblo se han mostrado cada vez más incondicionales con el Ejecutivo y, en algunos casos, como en el del poder judicial, sus más altos personeros se han asumido públicamente como leales al proceso revolucionario,³⁶ con lo que acaba desdibujándose la naturaleza de un órgano

³⁶ Omar Mora, presidente del máximo tribunal, se declaró como “hombre frontal”, “revolucionario de por vida” y “de izquierda hasta la muerte”. Con estas palabras quedaba clara su afición al proceso revolucionario que lidera el presidente Chávez (en <<http://forums.terra.com>>, 7-II-2005, consulta 2-VI-2005).

como ése, cuya condición primera es la imparcialidad. El ejecutivo no sólo no rinde cuentas al resto de los poderes, como es el caso de las democracias delegativas, sino que éstos permanecen sometidos a los arbitrios del presidente y de su proyecto, lo que provoca la desaparición de los necesarios contrapesos públicos, sin los cuales cualquier democracia se vuelve sospechosa de no serlo.³⁷ A pesar de que Venezuela aún preserva las formas (sería mejor decir los cascarones) institucionales que identifican a las democracias liberales, una mirada más cuidadosa permite sostener la idea, como lo hace Coppedge (2002), de que éstas ya no dan piso a una democracia liberal en todo su sentido.

Si a esto adicionamos el componente militarista del que se ha hablado anteriormente, podremos identificar con más propiedad el tipo de gobierno que tenemos por delante, más allá del rotulado populista. En éste parece dominar una naturaleza no sólo antipolítica, como se ha señalado, sino también pre-política.³⁸ Una naturaleza que explica el empeño en negar la posibilidad de existencia a todo adversario, justamente porque éste no es considerado como tal, sino como enemigo. Las palabras del presidente hablan por sí solas: “No, no, no, el enemigo está ahí. Esto que estoy planteando [...] es la continuación de la ofensiva, para impedir que se reorganicen, hablando

en términos militares, y si se reorganizaran: para atacarlos y hostigarlos sin descanso” (en Harnecker, 2004: 45). No es difícil desprender de estas frases una intención de exterminio, bajo una concepción guerrerista de la política. El problema es que con el exterminio del otro en los espacios de la política, acaba la política misma. ¿Es esto lo que pretende Hugo Chávez?, ¿aniquilar al otro, al adversario? Si así fuera realmente, estaríamos en camino de construir un orden como el que intentó Perón en su primer gobierno, con base en una noción de pueblo sin henduras, en una idea de pueblo compacto representado y sintetizado en una sola voz, en una sola razón, la del presidente y su gobierno.

Para Germani, el peronismo (del primer Perón, entiéndase) constituyó una versión del fascismo, cuya originalidad consistió en el apoyo que obtuvo del proletariado. Se trata de una variante del totalitarismo capaz de proporcionar a las masas movilizadas la seguridad de estar participando: “La diferencia entre la democracia [...] y las formas totalitarias reside justamente en el hecho de que, mientras la primera intenta fundarse sobre una participación genuina, el totalitarismo utiliza un *ersatz*³⁹ de participación, crea la ilusión en las masas de que ahora son ellas el elemento decisivo, el sujeto activo, en la dirección de la cosa pública. Y sobre aquella parte que queda excluida hasta de esta pseudoparticipación, logra aplicar exitosamente sus mecanismos de neutralización” (1971: 335). De allí que, sigue argumentando Germani, si bien Perón nada logró en el terreno de las reformas estructurales, sino que por el contrario “provocó un empeoramiento de la situación preexistente [con sus] errores, despilfarro y corrupción, [poniendo] en serio peligro la estabilidad económica del país” (1971: 347) y más bien produjo consecuencias contrarias a los intereses populares, el peronismo sí fue capaz de afirmar en los sectores populares una “conciencia de su propio significado” (1971: 348) dentro de la escena nacional.

Aunque no podamos afirmar, como Germani con Perón, que con Chávez estamos en presencia de un régimen de tinte totalitario, sí es posible percibir una voca-

³⁷ A lo largo de estos años han habido cambios en el bloque de parlamentarios que apoya al presidente, produciéndose desafecciones por parte de algunos de sus miembros. Esto, que resulta normal en cualquier democracia, se convierte en un hecho de grave traición en la lógica del presidente, quien reclama alineación absoluta a sus designios. Así, ante la posibilidad de que en la composición de las planchas de las organizaciones que respaldan su proyecto, con vistas a las elecciones parlamentarias a celebrarse en diciembre de 2005, pudiera colarse un eventual disidente, el presidente ha dicho: “Voy a tener ojo pelao con todos los aspirantes a la Asamblea Nacional, porque no me calo un traidor más” (*El Nacional*, 16-V-2005: A-2). Por otra parte, el sentido antidemocrático del “principio de la mayoría” que reina en el parlamento se vio patentizado a propósito de la aprobación de la Reforma de la Ley del Banco Central y del Código Orgánico Procesal Penal, cuando una de las diputadas que apoya al presidente, Iris Varela, señaló: “No van a poder impedir las reformas que nos de la gana de hacer en este país, para eso tenemos la mayoría” (en <<http://www.ultimasnoticias.com.ve>>).

³⁸ Porque la política es el espacio para la confrontación en el que “lo otro” tiene legítimo derecho de ser y estar. Toda representación política tiene necesariamente, como ha indicado Espósito (1996: 48) “carácter parcial, dual, plural. Es inadecuada para representar lo entero, la comunidad, el *individuum*”.

³⁹ Sustituto.

ción que apunta en ese sentido. Sólo que esta vocación no ha podido cristalizar en un sistema de este tipo, como probablemente quisiera el propio presidente y algunos de sus adeptos y colaboradores más “duros”.⁴⁰ Hoy pesa demasiado la disposición que muestra la sociedad mundial a defender los espacios y valores de la democracia como para despojarse del delgado manto que le protege aún de ser considerado como un gobierno dictatorial de corte totalitario, y que le permite moverse en el seno de la diplomacia mundial como un demócrata provisto de credenciales irrefutables que lo reconocen como un presidente resultado de elecciones. Petkoff (2005: 37) ha señalado que “no es el de Chávez un gobierno dictatorial, ni mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco una democracia”. Es, según este líder de la izquierda venezolana y latinoamericana, un gobierno en el que converge la tradición dictatorialista, autoritaria y no democrática de la “izquierda borbónica” (porque, como la antigua casa monárquica, señala Petkoff, “ni aprende ni olvida”) con la formación militar, que por su propia esencia no es democrática sino afinada en la disciplina vertical, la subordinación escalonada de unos mandos y procedimientos no deliberativos, gobierno en el cual “el presidente no es el primero entre sus iguales sino un tótem reverenciado, cuya palabra es la primera y la última en todas las decisiones de gobierno” (2005: 37). Esta certeza de Petkoff de que el gobierno de Chávez no es democrático y sí “gestor de un populismo distributivo munificente” (2005: 38) certifica la ambigüedad que pauta las relaciones del populismo con la democracia.

152 ◀

⁴⁰ Esta vocación totalitaria se ha expresado en ámbitos como el de la educación. Al igual que Perón, quien le dio un carácter partidario al sistema educativo argentino a fin de crear una “nueva conciencia nacional” bajo el signo totalitario de su gobierno, y expandió el número de centros de enseñanza (véase Rein, 1998), Chávez promueve un proyecto educativo basado únicamente en una concepción, la bolivariana. La escuela es concebida como “una sociedad en miniatura” (Rey, 2001), cuya acción se inscribe dentro de los lineamientos doctrinarios de la revolución, y en el intento por borrar en este espacio la diferencia simbólica entre el poder y la sociedad, constitutiva de toda democracia, anulando la posibilidad de una diferenciación de prácticas sociales, de focos diversos de socialización” (Molina, 2004: XXXVII). Otros espacios, como el de los medios de comunicación, no han sido intervenidos abiertamente, pero sí sometidos a presiones que amenazan con diezmar la libertad de expresión, rasgo esencial de todo sistema democrático.

Si bien los viejos populismos, como el de Perón y el de Vargas, fueron capaces de desarrollar formas totalitarias de gobierno, como hemos visto, ello se debió al carácter dirigido más hacia adentro, más cerrado, que en el contexto histórico identificaba a los Estados nacionales latinoamericanos, por un lado, y en general a todos los Estados del mundo en nombre de la incontestable soberanía y, por el otro, a una conciencia todavía no plena y generalizada de la necesidad de fortalecer las democracias, a pesar de la experiencia nazi-fascista. De lo que se trataba, precisamente, era de lograr la integración nacional popular con un carácter más participativo que representativo (Touraine, 1998),⁴¹ erosionando las prácticas liberales democráticas fundadas en los mecanismos de la representación, las cuales, por lo demás, eran de por sí débiles y férreamente controladas por las oligarquías dominantes. Las condiciones hoy son otras: aunque inmaduros todavía, distintos actores con cobertura global, como las Naciones Unidas, o con cobertura regional, como la Organización de los Estados Americanos (OEA), lucen comprometidos con los valores democráticos y tienden cercos, hasta ahora más bien simbólicos, sobre aquellos gobiernos que se desvían de los caminos democráticos. Es ése el sentido de la Carta Democrática de la OEA, aprobada en 2001.

Si, como ha señalado el mismo Touraine, “no hay democracia que no sea liberal” (en Mires, 2001), y si convenimos en que el gobierno de Chávez ya no responde a los principios de la democracia liberal, entonces terminamos por concluir que estamos en presencia de un tipo de régimen que, si bien todavía no alcanza a fundir a la sociedad con el Estado por medio de la construcción de un cuerpo único bajo el principio de “todo dentro del Estado, nada fuera del Estado”, como ocurre en los sistemas totalitarios, ha dado muestras de su disposición de actuar en esa dirección.

⁴¹ Dice Touraine sobre los gobiernos nacional-populares de las décadas de 1940 y 1950: “La política nacional-popular no es representativa y, por consecuencia, no es democrática. Puede pasar de una forma parlamentaria a una forma dictatorial sin ruptura y, en general, existen a la vez elecciones y poder personal, clima democrático y poder autoritario” (1998: 359).

Temporalidad populista y democracia

El derecho como mecanismo de protección de los ciudadanos no puede tomar forma sino introduciendo una larga temporalidad en la vida comunitaria. Esta idea que compartimos con Rosanvallon (2003) nos alerta sobre la cuestión del tiempo y su inexorable vínculo con la creación de institucionalidad. En efecto, las instituciones resultan impensables si no las ubicamos en un compás lo suficientemente amplio, condición indispensable para hacer posible su sedimentación y madurez. Pues bien, los populismos de antes y los de ahora prometen la salvación redentora a partir de la conquista de un “reino feliz de los tiempos finales”, como se ha dicho. Pero hay una diferencia: si los viejos forjaron su figura en contextos en los que la política se movía con ritmo más pausado, los de ahora se ven constreñidos por la necesidad de respuestas perentorias a una población cada vez más impaciente de resultados, al amparo de lo que Lechner (1996: 112) ha constatado como una “aceleración del tiempo”. Paradójicamente, la urgencia por obtener respuestas se escenifica en el marco de una gran fragmentación social y una crisis de representación, lo que dificulta su concreción. La exigencia de mayor institucionalidad de esta nueva realidad es sacrificada, sin embargo, en el altar del inmediatismo. “La revolución en los populismos latinoamericanos no es ni pasado ni porvenir, es presente”, ha apuntado Touraine (1998: 356).⁴² Es decir, que los populismos, por más que puedan anclarse en ideologías pretéritas (como la bolivariana de Chávez, por ejemplo), su verdadera urgencia es la de mostrarse como los portadores de soluciones que comprometen el día de hoy. Esto, que es común a todo gobierno, se exacerbaba cuando se trata de gobiernos populistas, puesto que la urgencia impone no detenerse en los trámites que toda institucionalidad reclama, así como no demorarse en la construcción de porvenir. La idea de refundación, de recomienzo nacional obliga a invisibilizar, a anular el

tiempo pasado, a menos que sea para apropiarse de gestas y dioses del olimpo nacional que vengan en auxilio del gestor populista; la inminencia del paraíso vuelve ociosa la mirada hacia el futuro. Los tiempos finales del reino feliz deben tomar sustancia real en el aquí y ahora. He ahí, sin embargo, una vuelta de espalda a la historia.

“La ideología populista no es, después de todo, sino un intento más de escapar a la carga que impone la historia”, ha dicho Mac Rae (1969: 192). Y la historia, ya lo sabemos, está cargada de tiempo. Historia y tiempo implican complejidad, y a reducir la complejidad es lo que aspira el populismo. De allí su visión simple de lo real y sus esquemáticas y voluntaristas fórmulas en el momento de encarar los problemas que esa misma realidad le coloca por delante. Por eso también el populismo es puro presente.

Pero este repleto de presente del cual están armadas las identidades populistas, atenta contra los quehaceres democráticos. Hermet (2003: 11) lo ha entendido bien:

Es la intemporalidad inmediata, a la vez antipolítica y onírica lo que caracteriza al populismo de modo exclusivo. Es el elemento que lo diferencia de la democracia la que, a la inversa, se singulariza menos en cuanto a su pretensión de “representar” la soberanía popular, que por sus procedimientos orientados hacia la deliberación, hacia la confrontación de intereses [...] hacia una gestión de los conflictos escalonada en el tiempo.

Los ciudadanos, argumenta Hermet, “sueñan con la supresión de la distancia que separa sus deseos de su realización siempre diferida en nombre de las complicaciones de la acción política [...] los populistas les dicen que este deseo onírico podría verse satisfecho [...] siempre y cuando confíen en ellos”. Y esta confianza reclama inmediatez, contacto directo que ahorre las complejidades institucionales y los plazos, sigue argumentando el autor. En definitiva, la agenda populista no admite el tiempo como horizonte de gestión. Está demasiado comprometida con el presente como para someter su acción a la preparación de lo que aún no puede materializarse, de lo que aún no puede dar réditos políticos. El presente es sustancia que puede ofrecerse, que puede palparse; el futuro no existe porque el futuro es éste, el que correspon-

⁴² Joaquín Villalobos también ha señalado el problema: “Dedicados a generar emociones los ‘religiosos’ proponen un populismo que pretende resolver los problemas de manera inmediata y absoluta. Ese populismo no produce soluciones sino conflictos” (2005: 5).

de al momento que transcurre. Con ello la política, que está hecha de la maceración, que toma tiempo, sin la cual no son posibles los arreglos y negociaciones ni la institucionalidad que los consagra, pierde su fortaleza. Obviamente, también la pierde el juego democrático.

En el populismo chavista se ratifica esta relación inmediata con la temporalidad. Cuando el presidente ofertó al país la idea de una Asamblea Constituyente lo hizo bajo el signo de la inmediatez: era urgente para la sociedad venezolana contar con una nueva Constitución; tanto que la tarea, que requería de plazos más generosos, fue adelantada en tiempo récord. En apenas cuatro meses la nueva Constitución fue elaborada.

Y es que el presidente ha sido, a lo largo de sus años de gobierno, un gran mago para fabricar la expectativa del día: cuando no es una disputa con la Iglesia, es una con los empresarios, cualquier ONG o con el imperio; también puede ser una idea, un plan, un programa: lo que se le ocurra en el momento de su puesta en escena mediática es material efectivo para nutrir el ahora del cual se sustancia su gestión. Pero además es ÉL (así, con mayúsculas) el que pautó ese ahora. No es su equipo de gobierno, no son sus ministros ni colaboradores: es su suprema voz la que dicta de qué está compuesto el hoy. Por esa razón, las ideas, los programas, los proyectos se desvanecen, se diluyen rápidamente sin que nadie reclame resultados. Él es el gran dispensador de presente y con él, el país que le sigue se asegura que mañana habrá otro hoy.

En el empeño de construir el socialismo del siglo XXI, Chávez señaló que será condición indispensable que todos los proyectos⁴³ apunten a la construcción del “socialismo inmediato” (énfasis de la autora), para poder contar con fondos del gobierno central.⁴⁴ Es decir, la inmediatez convertida en requisito para la asignación de los recursos.

Esta inmediatez ha conspirado contra las mediaciones institucionales. Hemos podido observar a lo largo

de estos años cómo la relación directa que el presidente Chávez establece con la sociedad afecta notablemente la existencia y las competencias de alcaldías y gobernaciones. Chávez es el único y gran repartidor; su palabra, como la de Perón, es la “palabra decisiva” (Portantiero y De Ipola, 1981: 14). Todos los programas sociales —el Plan Bolívar 2000, las Misiones— han sido decididos y dirigidos por el ejecutivo y manejados por militares, como ya se dijo líneas arriba. Los alcaldes y gobernadores aparecen apenas como colaboradores en el desarrollo de las mismas.

Cuando el presidente amenaza con quedarse en el poder hasta el año 2021, contra toda previsión constitucional, no está sólo mostrando su deseo de perpetuarse en el poder, sino su anhelo de extender el presente, pues no logra avizorar el futuro sin su presencia, porque su presencia es lo único que garantiza que haya hoy. A falta de un orden institucional abstracto, independiente de su sello personal, el presente solicita más presente sólo porque éste está ocupado con la figura de Chávez. La única manera de satisfacer el deseo onírico de salvación es el día a día que debe prolongarse hasta el límite. Este límite en el discurso del presidente es el año 2021, por ahora.

CONCLUSIONES

Atendiendo a los rasgos más importantes que tipifican teóricamente tanto a los populismos históricos en América Latina como a los de más reciente data, podemos concluir que el gobierno de Hugo Chávez conjuga características tanto de uno como de otro. De acuerdo con los rasgos característicos de los populismos clásicos, comprobamos que el régimen chavista es antiimperialista; posee una concepción autónoma del desarrollo; es nacionalista; se plantea la incorporación de los excluidos; no desarrolla una acción de clases en el sentido marxista, a pesar de la retórica socialista. En cuanto al neopopulismo, Chávez cumple con el carácter antipolítico que distingue a los *outsiders*, cuyos liderazgos se impusieron en algunos países latinoamericanos ante el agotamiento de sus respectivos sistemas políticos. El diseño de una armazón jurídica de factura liberal en los primeros años

⁴³ Se refiere a los proyectos que los alcaldes y gobernadores en las distintas regiones del país le presentaron en el marco de lo que el gobierno designó como “gabinetes móviles” durante el segundo trimestre de 2005.

⁴⁴ <www.descifrado.com>, 20-V-2005, consulta 22-V-2005.

de su gobierno, así como el establecimiento de un conjunto de tributos como el Impuesto General a las Ventas y el débito bancario, lo aproximan también a los populismos de nuevo cuño. No obstante, el balance que puede hacerse de la gestión de Chávez a la hora de dimensionarla en términos de su fisonomía populista y neopopulista arroja un resultado a favor de la primera; en otras palabras, Chávez nos parece mucho más cercano a los viejos que a los nuevos populismos. A nuestro juicio, la gran autonomía de la que goza el Estado venezolano, gracias a su disposición de ingentes recursos rentísticos provenientes del negocio petrolero, permite a Chávez reeditar de algún modo —salvando las distancias históricas, obviamente— los contenidos de los populismos clásicos (distribucionismo, intervencionismo, nacionalismo, antiimperialismo), como el de Perón, por ejemplo.

Pero a diferencia de los viejos, el de Chávez es un populismo militarista, lo que puede estar inaugurando, junto con el de Oviedo en Paraguay y Gutiérrez en Ecuador, un tipo de neopopulismo afincado en los líderes que provienen de las filas castrenses, lo que puede afectar todavía más, suponemos, la relación ambigua que los populismos han mantenido con la democracia, tanto en el pasado como en el presente. Por último, el gobierno de Chávez reproduce también una relación con la temporalidad signada por el inmediatez, característico de los populismos, el cual reclama una vinculación directa entre el jefe y la población en menoscabo de la institucionalidad y la democracia.

Bibliografía

- Álvarez, Ángel E., 2002, "El Estado y la revolución 'protagónica'", en Marisa Ramos Rollón (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 97-120.
- Arenas, Nelly, 2005, "¿Languidece el corporativismo? De Fedecámaras a los nuevos actores empresariales en Venezuela", en *Venezuela: visión plural. Una mirada desde el CENDES*, t. I, Bid & Co., Caracas.
- , 2004, "Venezuela, la difícil gobernabilidad", *Cuestiones de Gobierno*, núm. 16, pp. 47-48.
- , 2001, "Venezuela: ¿del populismo rentista al populismo liberal?", *Estudios Latinoamericanos*, año VII, núm. 16, julio-diciembre, pp. 181-202.
- y Luis Gómez Calcaño, 2005, "Los Círculos Bolivarianos: el mito de la unidad del pueblo", *América Latina Hoy*, vol. 39, abril, pp. 167-193.
- Beck, Ulrich, 1999, *La invención de lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Blanco Muñoz, Agustín, 2005, "El negocio MVR para la destrucción", *El Universal*, 5 de junio.
- Coppedge, Michael, 2002, "Soberanía popular versus democracia liberal en Venezuela", en Marisa Ramos Rollón (ed.), *Venezuela: Rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 69-96.
- Conniff, Michael, 2003, "Neopopulismo en América Latina. La década de los 90 y después", *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 20-31.
- Dávila, Luis Ricardo, 1996, *La formación de las identidades políticas en Venezuela*, Universidad de los Andes, Consejo de Publicaciones, Mérida.
- Dreyfus, Richard, 1980 [1964], *A conquista do Estado*, Vozes, Río de Janeiro.
- Esposito, Roberto, 1996, *Confines de lo político*, Trotta, Valladolid.
- García Pelayo, Manuel, 1981, *Los mitos políticos*, Alianza, Madrid.
- , 1980, *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, Alianza, Madrid.
- Germani, Gino, 1974, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires.
- Guardia Rolando, Inés, 2005, *Formas de representación neocorporativa en la Venezuela del siglo XXI*, Universidad Simón Bolívar, mimeógrafo.
- Guerra, José, 2005, "¿Cuál crecimiento?", *Descifrado*, 2 de junio.
- Harnecker, Marta (ed.), 2004, *Intervenciones del Presidente el día 12 de noviembre en el Teatro de la Academia Militar*, Caracas, mimeógrafo.
- Hermet, Guy, 2003, "El populismo como concepto", *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 5-18.
- Ianni, Octavio, 1975, *La formación del Estado populista en América Latina*, Era, México.
- Iranzo, Consuelo y Jacqueline Richter, 2005, *Acción del sindicalismo frente al Estado en la transición (1989-2004)*, documento de trabajo presentado en las jornadas "Venezuela. Visión plural. Una mirada desde el CENDES", mayo, Caracas.
- Iturrieta, Anibal, 1990, *El pensamiento peronista*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- Laclau, Ernesto, 1987, "Populismo y transformación del imaginario en América Latina", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 42, junio.

- Lechner, Norbert, 1996, "La política ya no es lo que fue", *Nueva Sociedad*, núm. 144, julio-agosto, pp. 104-113.
- Lefort, Claude, 1990, *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Mac Rae, Donald, 1969, "El populismo como ideología", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Mackinnon, María y Mario Petrone, 1998, *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centena*, Eudeba, Buenos Aires.
- Marcano, Cristina y Alberto Barrera Tiszka, 2005, *Hugo Chávez sin uniforme*, Debate, Caracas.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa, 1998, "Las asignaturas pendientes del modelo nacional popular. El caso peruano", en María Mackinnon y Mario Alberto Moira Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centena*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 257-278.
- Mayorga, René, 2002, *Las huellas del populismo*, en <www.redvoltaire.net>, consulta 2-IV-2005.
- , s.f., *Antipolítica y neopopulismo en América Latina*, en <http://www.chasque.net/frontpage/relacion/anteriores/9710/antipolitica.html>, consulta 28-V-2005.
- Minogue, Kenneth, 1969, "El populismo como movimiento político", en Ionescu Ghita y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 241-255.
- Mires, Fernando, 2004, *Los diez riesgos de la democracia en América Latina*, mimeógrafo.
- , 2001, *Civilidad*, Trotta, Madrid.
- Molina, Esteban, 2004, "El trabajo de la incertidumbre", pról. al libro de Claude Lefort, *La incertidumbre democrática*, Anthropos, Barcelona, pp. VII-LI.
- O'Donnell, Guillermo, 1997, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires.
- Pécaut, Daniel, 1987, *L'Ordre et la violence. Évolution sociopolitique de la Colombie entre 1930 et 1953*, EHESS, París.
- Parker, Dick, 2001, "El chavismo: populismo radical y potencial revolucionario", *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, vol. 7, núm. 1, pp. 13-14.
- Petkoff, Teodoro, 2005, *Dos izquierdas*, Alfadil, Caracas.
- , 2000, *Una segunda opinión*, Grijalbo, Caracas.
- Portantiero, Juan Carlos y Emilio de Ipola, 1981, "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes", *Nueva Sociedad*, núm. 54, mayo-junio, pp. 7-17.
- Ramírez Roa, Rosaly, 2003, "La política extraviada en la Venezuela de los años 90: entre rigidez institucional y neopopulismo", *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 137-158.
- Rein, Raanan, 1998, *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*, Ediciones de Belgrano, Buenos Aires.
- Rey, Juan Carlos, 2001, "Estado, sociedad y educación en Venezuela. Observaciones sobre el nuevo proyecto educativo nacional", *SIC*, núm. 636, julio, pp. 281-288.
- Roberts, Kenneth M., "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano", en María Mackinnon y Mario Alberto Moira Petrone, *Populismo y neopopulismo en América Latina, el problema de la centena*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 375-408.
- Rosanvallon, Pierre, 2003, *Por una historia conceptual de lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Sartori, Giovanni, 2003, *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Buenos Aires.
- Schmitter, Philippe C., 1998, *El fin del siglo del corporativismo*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Skidmore, Thomas, 1976, *Brasil de Getulio a Castelo*, Paz e Terra, Sao Paulo.
- Stewart, Angus, 1969, "Las raíces sociales", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner, *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 221-239.
- Sucre Heredia, Ricardo, 2004, "La política militar en la Constitución de 1999: ¿cambio o continuidad?", en Luis Salamanca y Roberto Viciano Pastor (coords.), *El sistema político en la Constitución Bolivariana de Venezuela*, Vardell, Caracas.
- Torre, de la, 2003, "Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo", *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 55-56.
- Touraine, Alain, 1998, "Las políticas nacional-populares", en María Mackinnon y Mario Alberto Moira Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centena*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 329-362.
- Ulianova, Olga, 2003, "Experiencias populistas en Rusia", *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 159-174.
- Vargas, Getulio, 1938, *A nova politica do Brasil*, José Olimpyo, Río de Janeiro.
- Villalobos, Joaquín, 2005, "La izquierda religiosa", *Tal Cual*, 3 de agosto.
- Zermeño, Sergio, 1989, "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, núm. 4, pp. 115-150.